

## MIGUEL COSTA Y LLOBERA

(*Conclusión*)

Aunque estas páginas no aspiran a ser un estudio crítico completo, sino un esbozo de la creación poética de Costa y Llobera en su lengua materna, quedaría aquél muy deficiente si después de las *Líricas*, no hablara de las *Horacianas*. Aquéllas y éstas son, lo hemos dicha ya, los dos frutos más exquisitos de su inspiración. De las últimas podrán juzgar los lectores de este libro, gracias a la labor inteligente del escritor que hoy nos presta el gran servicio de incorporarlas a las letras españolas. El debería ser en este caso quien tuviera más títulos que yo para hablar de dichas *Horacianas*, porque nadie se identifica tanto con el espíritu de un poeta, como aquel que gallardamente lo traduce. Traducir bien, supone haberse aprendido casi de memoria aquello que se intenta traducir; supone convertir la inspiración ajena en sustancia propia; llevarla días y meses sumergida en el seno de nuestra alma, para que salga luégo llena del calor fecundo y misterioso de la inspiración original.

El P. Vargas Tamayo, sin duda, lo ha hecho así, y aunque yo no conozca sus traducciones—caso insólito en los anales del prologuismo,—me consta que están hechas con *amore* y que Costa y Llobera alcanzó a saborear algunas de ellas, y que su autor recibió frases muy laudatorias por su trabajo, del mismo poeta.

Las *Horacianas*, publicadas en Barcelona en 1906, fueron el libro de Costa y Llobera de más ruidoso éxito. De él se hicieron en poco tiempo dos ediciones, a pesar de la reducida extensión del territorio en que se habla el catalán, mientras la primera y única edición de sus poesías castellanas no ha podido agotarse todavía en el largo lapso de un cuarto de siglo. Como hace observar

con mucha agudeza Juan Alcover, nuestro poeta pudo tener escribiendo en castellano *más lectores posibles*, pero no ha tenido *más lectores efectivos*. Costa y Llobera no era ya a la sazón el modesto, solitario e ignorado joven de Pollensa, que había labrado en su retiro campestre aquella rica sarta de perlas que constituyen hoy uno de los más espléndidos collares de nuestra poesía. El autor, por el contrario, era tenido entonces por uno de los príncipes del Parnaso catalán. Al momento de aparecer las *Horacianas* se levantó una clamorosa turba de admiradores e imitadores. Me tocó ser presidente de los Juegos Florales de Barcelona en 1907, el año siguiente de su publicación, y fue una verdadera plaga de poesías *seudohoracianas* la que se presentó en aquel certamen; ninguna alcanzó el laurel apolíneo.

En sus nuevas inspiraciones, el vate mallorquín, consciente ya de su valer y autoridad, toma, como su maestro Horacio, un carácter resuelto de adoctrinador moral y de maestro del arte de las nuevas generaciones. Pero antes de dar sanas lecciones a sus discípulos, antes de officiar de maestro, saluda reverentemente en tres nobles odas a los que lo fueron suyos: Horacio, Virgilio, Cabanyes.

Pero estas odas, que tuvieron una larga gestación de un cuarto de siglo, puede muy bien decirse que recibieron su impulso definitivo en Italia, la segunda y verdadera maestra clásica del poeta. Con todo, su primera semilla germinó en Pollensa en 1879, al calor de las *Odi barbare* de Carducci; pero este germen quedó bien pronto ahogado en el fondo de su escrupulosa conciencia, y sólo a la clara luz del *almo sol*, que, según la arrogante frase del poeta venusino, *no debía ver nada más grande que la ciudad de Roma*, recibió, como vamos a ver, la oda a él dedicada, su consagración definitiva; y en *el bel paese* brotaron las primeras flores que debían se-

guirla: las tituladas *En las cascadas del Anio* (1886) y su *Adiós a Italia* (1890).

Yo he sido el confidente único de esta lucha de su alma y de la interesante gestación de sus *Horacianas* y tengo también mi parte en ella, y me enorgullezco de ello, como el héroe de Virgilio! al recordar los hechos de Troya. Voy a contarlos sumariamente.

En 1879 cayeron en sus manos, como indicaba antes, las *Odi barbare* de Carducci y por ellas sintió tan ardiente entusiasmo, que al punto me lo comunicó en una de sus cartas, si bien hallándolas «detestables por su espíritu filosóficamente pagano, contrario al cristianismo». Este ejemplo, el canto apoteósico de Menéndez y Pelayo a Horacio y singularmente el ejemplo doméstico que nos legó Cabanyes, movieron a nuestro poeta a escribir una oda del mismo estilo que destinaba a servir de prólogo a una colección de versos análogos. Este fue el primer fruto estético de la imitación del poeta altanero y sectario que lanzó a la frente augusta del pontificado, en el instante sublime de convocar el Concilio vaticano, su grito sacrílego *A Sàtana*. Pero bien pronto en aquella alma angelical, la más casta de cuantas he conocido, su *Oda a Horacio*, tal vez por su pecado de origen, se convirtió en amarguísimo e insoportable remordimiento.

Así que recibí, remitida por el mismo poeta, antes de su crisis angustiosa, aquella poesía serena y augusta, de exquisita factura carducciana, me faltó tiempo para comunicársela a Menéndez y Pelayo, que la acogió con gratitud y admiración profundas. No tardó el gran maestro en darla a conocer al público, insertándola en la segunda edición de *Horacio en España*, con un comentario apoteósico, muchas veces recordado por todos los críticos del poeta balear. En él le consagraba como uno de los mayores líricos de la península y le declaraba superior al mismo Carducci, que ciertamente no es siempre

ni tan fácil, ni tan sereno, ni tan transparente. Por entonces se realizó en el espíritu de Costa y Llobera, como indicaba antes, la profunda crisis religiosa que le llevó al sagrado ministerio sacerdotal, y consideró en aquellas circunstancias el acto de Menéndez y Pelayo como un indelicado atrevimiento. Su larga permanencia de cinco años en Roma, en cuya Universidad Gregoriana cursó con singular aprovechamiento los estudios clásicos, modificó por completo su criterio. Ya Menéndez y Pelayo lo había previsto y bien a las claras me lo manifestó al escribirme más adelante acerca de este incidente: «Ni siquiera me acuerdo de los términos en que se me quejó Costa y Llobera de la publicación de su oda. Lamenté sus excesivos escrúpulos y nada más. *Pero ya se irá curando de ellos en Roma*». En efecto: la contemplación diaria en la Ciudad Eterna de los grandes monumentos de la Iglesia inspirados por el Renacimiento, y de las obras maestras de la antigüedad clásica cuidadosamente conservados por los papas en los riquísimos museos del Vaticano, en una palabra, el sorprendente espectáculo de la tiara pontificia, circundada con la guirnalda de las Gracias, le causó una impresión profunda. Hacía cabalmente muy poco tiempo también que aquel gran León XIII, del cual con tanta admiración me hablaba Costa y Llobera en sus cartas, había querido celebrar el XIX centenario de Virgilio, del tierno cantor que había fascinado al Dante y hecho derramar lágrimas a San Agustín. Desde Roma, en efecto, en diciembre de 1888, tres meses después de su ordenación sacerdotal, me pidió que le remitiera una copia de su *Oda a Horacio*, de la que había destruido el original, para juzgarla de nuevo más serenamente. Nada vio entonces en ella de pecaminoso, y no se arrepintió de haberla escrito. *Ya ves—me decía—cómo Roma nos hace tolerantes*. El y Menéndez y Pelayo, si no saberlo uno de otro, habían coincidido plenamente. Casi

veinte años después, aquella oda volvía a figurar, como él la había soñado en 1879, a manera de pórtico triunfal y soberbio de su colección de *Horacianas*, escritas por un sacerdote que sabía llevar el manteo con la dignidad de una clámide romana; injerto cristiano del soberano arte de Carducci en nuestra lírica; renovación suprema del estro de Cabanyes, que recobraba la carne y la sangre del materno lenguaje. Su fervoroso culto clásico culminaba en esta obra noble y firme, donde por vez primera la Musa catalana se calzó el aristocrático coturno griego, huyendo de emplear ritmos cómodos, amorfos o viciosos, comparados, no sin razón, por Téo-filo Gautier a *un soulier trop grand—de mode—que tout pied quitte et prend*.

Costa y Llobera con entusiasmo fervoroso en su *Oda a Horacio* formulaba su crédito estético y proclamaba al poeta latino, como Dante a Virgilio, su *duca* y su *maestro*. Pídele en ella que tolere que traspase a su pueblo la lira griega que él trasladó a su solar de Roma. Su divina Musa viviría sin añoranza en su bella patria, que ciñe aquel mar de Sirenas. Quiere beber en la misma cincelada copa del maestro, y aprender en ella a despreciar riquezas, honores, sed de mando y de placeres, y a gozar del arte, fuente de vida. Que sean la belleza y el buen sentido los que guíen su inspiración, como son en el cisne de Venusa los que guían la danza de sus gentiles estrofas.

Es, pues, igual en cierto modo el contenido, que podríamos llamar didáctico, de las *Horacianas* y el de las odas morales del lírico latino, quien aspiró en su tiempo, a su manera, a ser director de conciencias, y llegó casi a convertir las primeras odas de su libro III en un verdadero *Carmen de moribus*.

Un imperativo moral y estético inspira la obra del poeta y un sentido nacional y de realidad contemporá-

nea la vivífica. Los pensamientos han de ser nuevos; las formas antiguas. Si no pudiera semejar una paradoja, diríamos que Horacio fue el Chénier de la poesía latina, y Costa y Llobera el de la catalana, pero los tres con espíritu muy distinto: religioso pagano el latino, fría-mente escéptico el francés, profundamente cristiano el catalán. Con el sacrilego Carducci no tiene Costa y Llobera parentesco alguno, fuera del magisterio que en él ejerció en cuanto a la interpretación del ideal clásico y a la feliz adopción de antiguas formas métricas.

En la renovación de las formas artísticas, todos esos innovadores de sus Parnasos nacionales sienten y tienen análogos impulsos. Horacio introdujo en Roma sobre todo y con más frecuencia que otros, las estrofas sáfica y alcaica; Chénier en la poesía francesa los yambos griegos; Carducci fue todavía más allá en sus adaptaciones; Cabanyes emancipó la poesía castellana de los muelles halagos de la rima; Costa y Llobera triunfó como su modelo latino en los metros de los dos grandes poetas lésbicos: el sáfico y el alcaico.

Pero en lo que más se acercó Costa y Llobera a Horacio, como el maestro fray Luis de León a quien tanto admiraba, es en la concepción realista de la vida; en ser un poeta personalísimo y ser hijo de su época, de su raza y de su tierra. De ahí el hábito nacional y moral inconfundible que, como Horacio, prestan a todas sus inspiraciones fray Luis de León y Costa y Llobera. Así en el cantor de *La noche serena* la granja de la Flecha, a orillas del Tormes, sustituye la de la Pulla o la Sabina del lírico romano; el golfo de Persia o las Molucas, al del Adriático y las islas del archipiélago griego; Rodrigo y la Cava a París y Helena; la pérdida de España, a la destrucción de Troya; el Cid al fuerte Alcides; el sagrado coro de todos los santos a los dioses del Olimpo; el sublime ejemplo del mártir cristiano, al del estoi-

co varón justo y constante de la famosa oda latina. En una palabra: fray Luis de León hizo ciudadano español a Horacio, de la misma manera que éste dio al griego Alceo carta de naturaleza en el Lacio.

Y Costa y Llobera, repito, tampoco se olvidó en sus *Horacianas* de su pueblo y de su ambiente circunstante. La cálida invocación al cantor de Roma y de Augusto, se mezcla en ellas a un tierno elogio de su apacible terruño insular, entre todos los rincones de la tierra el que más le sonriera; junto a los ditirambos a Horacio y Virgilio, a sus maestros predilectos e inspiradores de su bello estilo, la oda panegírica al Píndaro catalán, como él llama al malogrado Cabanyes; el recuerdo de las hazañas de Roger de Lluria y del poderío naval y mercantil de Cataluña, se confunden en su *Mediterránea* con los de la Musa homérica; la oda magistral *A los jóvenes*, que es una de las joyas del volumen, va dirigida únicamente a la juventud catalana, como a la juventud de Roma van dirigidas las análogas de Horacio, y en ellas fluyen de los labios de uno y otro poeta sentencias de oro de orden moral estético; y por último, en la elegíaca despedida que cierra con broche de oro su preciosa urna de inspiraciones clásicas, sólo pide una cosa: que en el templo del arte donde él no se ha creído digno de entrar, se grabe en el frontispicio el nombre de su patria. Este carácter patriótico y docente es el secreto del caluroso éxito que alcanzara Costa y Llobera en sus *Horacianas*. En ninguna de sus colecciones de versos se dirigió con acentos más penetrantes al alma de su pueblo. No es meramente un juego ingenioso de combinaciones métricas, *ludere versu*, lo que hay que buscar en esta colección, sino que lo que intentó en ella en el orden puramente técnico tuvo una finalidad más trascendental: la de preparar con un hábil masaje a su idioma materno, un tanto aplebeyado y áspero y a la vez anquilosado

por largos siglos de inacción, para que pudiera competir con la lengua italiana, y tomar parte un día en las danzas de las Gracias. Pero otro anhelo más alto guía su inspiración: sus *Horacianas* son ante todo un continuado himno de *Excelsior* al pueblo catalán, al que quiere infundir nuevo y noble espíritu que le haga digno de sus pasadas grandezas; y a su poesía un puro y sereno ideal de perfección, que la libre de la vulgaridad y del histrionismo pueril en que tantas veces ha incurrido. No hemos de insistir aquí en detallar las innovaciones métricas que el poeta explica detenidamente en su prólogo, que suponemos tendrá también cabida en este volumen. Basta dejar ahora claramente consignado que su autor no intenta vaciar en yeso los altos modelos del arte clásico, ni hacer alarde de pedantesco *snobismo*, ni entregarse a un vano deporte retórico, ni a peligrosas novedades. La aristocrática musa de Costa y Llobera sabía andar también con dignidad por los senderos trillados.

\*  
\* \*

El intento de perfección técnica, la *voluntad de la forma*—como se da hoy en decir de un modo enfático—que guía o inspira las *Horacianas*, aparece asimismo en otro libro de carácter y de ideales muy distintos: en sus *Visiones de la Palestina*, que forman también parte de este volumen. Representa, en efecto, este libro una nueva tentativa de innovación de la forma poética inspirada en el arte bíblico, aunque más tímidamente que en las *Horacianas*. Quizá esta tentativa reducida ahora a la ligera imitación de la fórmula del versículo hebraico, que tiene por ley orgánica el paralelismo de los conceptos, la hubiera llevado más allá el poeta mallorquín, a haber conocido las modernas teorías acerca de la versificación hebraica, pero siempre con una respetuosa aproximación al espíritu y a la letra de la Biblia, con la misma ve-

neración que inspiran los vasos sagrados. Por lo demás, estas *Visiones* son como unas odas en prosa de desigual extensión, con verdaderos raptos líricos y lenguaje lleno de coruscantes imágenes, inspiradas por las distintas impresiones de su místico viaje; o, como quiere el mismo autor, son a modo de vistas sueltas de un álbum, sin otro nexo narrativo que las ligue, como no sea el de cierta unidad de carácter, de espíritu y de contenido. «Se realiza sin duda en este libro—podríamos añadir con el insigne poeta balear Juan Alcover—el deseo del autor: ostentar el sello del cristiano y del sacerdote, pero además ostenta en el orden literario el sello de una elevada alcurnia. Su estilo tiene el sosiego y la cadencia de una respiración sosegada... Pero los momentos más felices son aquellos en que le olvidamos para rendirnos a la emoción religiosa que ha despertado en nosotros».

\*  
\* \*

El ilustre linaje colombiano del conccido escritor a quien deben las letras españolas la presente traducción de los dos libros de Costa y Llobera, de que acabamos de dar una sucinta idea, y al que tan señalado servicio y tributo de consideración debe mi materna lengua, me recuerda de un modo muy grato que fue en Colombia, y muy especialmente en la ciudad de Quesada, donde di a conocer en el Nuevo Mundo el nombre y las poesías de aquel eximio escritor, que después del título altísimo de sacerdote de Jesucristo, por el cual renunció a la rica primogenitura de su antigua casa, aspiró únicamente a ceñir sus sienes con el lauro de poeta, que, como dice el Dante (Purg. XXI, 85) es el

nome che piu dura e piu onora

Este honroso oficio de introductor o mejor diría, de apadrinador de Miguel Costa y Llobera, que me cupo la fortuna de ejercer hace ya treinta y siete años, es el que invoca ahora el docto P. Vargas Tamayo, como ya se ha indicado al principio de estas páginas, para decidirme a escribirlas, y dar a conocer en ellas de nuevo en los países de lengua castellana uno de los mayores líricos de la pasada generación literaria contemporánea del inmortal Menéndez y Pelayo, del cual directa o indirectamente sintió toda ella el impulso renovador o el alto magisterio.

En aquellas lejanísimas calendas me tocó presentar a Costa y Llobera como lírico de los dos parnasos, castellano y catalán. Hoy me ha cabido revelarlo bajo otros dos aspectos no menos interesantes: como poeta ciudadano de aquella Roma *ove Christo e romano* (perdónese-me la más exacta acepción a la frase dantesca) y como escritor bíblico y religioso, aspectos ambos que encierran los dos rasgos más culminantes de su personalidad, en la que se hermanan a maravilla la perfección helénica del escritor con el ideal más puro y perfecto de la vida sacerdotal.

El día 14 de abril de 1889 vio la luz en el *Correo de las Aldeas*, de Bogotá, una carta mía a su venerable director, el famoso lírico colombiano don José Joaquín Ortiz, que me favoreció con su íntimo afecto en los tres últimos años de su vida, que es sólo el tiempo que tuve la dicha de tratarle. Aquella carta llevaba por epígrafe: *Sobre un poeta español desconocido*, y éste no era otro que nuestro mosén Costa y Llobera, a quien no habían logrado sacar de la oscuridad, que voluntariamente él buscaba y amaba con delirio, los entusiastas elogios de Valera y de Menéndez y Pelayo, que le colocaban entre los *dií majores* de la poesía peninsular. Acompañaba mi carta-artículo la solemne elegía *En la celda del Tasso*, que

su autor me había remitido desde Roma, como tenía costumbre de hacerlo con la mayor parte de las poesías que por entonces iba escribiendo en dicha ciudad. A esta poesía siguieron en los años sucesivos hasta el de 1890, época en que acabó su vida periodística el *Correo de las Aldeas*, varias otras más de las que sólo recuerdo *Ante el Moisés de Miguel Angel*, *En la plaza de la Concordia*, *Santa Teresa*, y otras, que por no tener a mano la colección de dicha revista bogotana, no puedo puntualizar. Ya antes tengo presente haber remitido al *Mensajero*, que dirigía el virtuoso y malogrado P. Luis Javier España, otro de mis más excelentes amigos colombianos (1), la poesía *Ruinas*, una de las más soberbias inspiraciones de Costa y Llobera en la lengua de Cervantes. Eran todas piezas que su autor iba preparando para su colección de *Líricas* castellanas, que limaba y pulía pulcramente, y que no vieron la luz sino hasta diez años después, en 1899. Los lectores colombianos, pues, gustaron dos lustros antes que los españoles las primicias de esta colección del escritor balear, que ni aun escribiendo en la gloriosa lengua nacional pudo salir de su oscuridad. Hoy ya en pleno ocaso de mi vida, cuando sólo el pasado ofrece risueños panoramas, me enorgullezco de ver realizado aquel deseo, como de ensueño, que anunciaba al bondadoso doctor Ortiz en 1889, de que me daría por muy dichoso si algún día, de mis relaciones de amistad con él, y con don Miguel A. Caro—mi primer amigo de Colombia en el orden del tiempo y el más egregio de mis amigos colombianos, en la jerarquía de los valores espirituales,—pudiera resultar para la literatura del antiguo virreinato de Nueva Granada, algún prove-

(1) Aunque no de nacimiento, colombiano lo fue de corazón el P. Luis Javier España, quien trabajó por largos años en Colombia y al fin sucumbió heroicamente atravesado por una bala mientras asistía a un herido en el campo de batalla.—(N. DEL T.)

cho, y alguna honra a la par, para la de nuestro solar hispano.

El reciente y valioso libro del P. Vargas Tamayo hace hoy ciertos y buenos mis vagos presentimientos en ambos sentidos. El producirá, no lo dudamos, salu-  
dable influencia en Colombia; él será a la vez prez y orgullo de la gran literatura nacional que tanto admira-  
ba y amaba el ilustre poeta y tan profundamente co-  
nocía. Otro de los más fecundos resultados de mi mo-  
desta intervención e iniciativa fue el de los dos eminen-  
tes escritores bogotanos don Miguel A. Caro y mi fra-  
ternal amigo Antonio Gómez Restrepo, vinieran a formar  
parte del íntimo y selecto cenáculo literario de Costa y  
Llobera.

¿Cómo no he de agradecer ahora a mi distinguido  
amigo, antes de dar fin a estas líneas, que me haya te-  
nido presente en esta ocasión, recordando y alegando a  
la par mis derechos de prelación, por decirlo así, en dar  
carta de ciudadanía colombiana al Horacio catalán? Su  
invitación me permite hoy unir de nuevo mi modesto  
nombre al del glorioso poeta—tan admirado por Ortiz,  
por Caro, por R. J. Cuervo, por Gómez Restrepo,—como  
han estado siempre enlazados nuestros corazones con los  
suaves vínculos de un fraternal afecto durante casi me-  
dio siglo. Invitación dichosa y oportuna que me pro-  
porciona asimismo la satisfacción de renovar el tributo  
de mi viejo afecto, deshojando estas humildes páginas a  
manera de manojos de siemprevivas sobre la tumba del  
añorado amigo, que apenas cerrada, despedía ya olor de  
santidad.

A. RUBIÓ Y LLUCH

Barcelona, 6 de julio de 1926.